

## **Rescate editorial. *Nunca es tarde cuando la dicha es buena* (1858) de Tomás Gutiérrez**

### **Editorial Rescue: *Nunca es tarde cuando la dicha es buena* (1858), by Tomás Gutiérrez**

Natalia Crespo

*Universidad de Buenos Aires*

*Instituto de Literatura Argentina, Argentina*

*nmcrespo@gmail.com*

#### **RESUMEN**

Este rescate editorial presenta y contextualiza dentro de la literatura de la época la novela breve sentimental *Nunca es tarde cuando la dicha es buena*, publicada originalmente en *Las Violetas. Ensayos Literarios* en 1858, del autor hoy desconocido Tomás Gutiérrez. Esta novela —mencionada por Hebe Molina y por Myron Lichtblau en sus estudios de historia literaria argentina del siglo XIX— permaneció desconocida desde las últimas décadas del siglo XIX hasta hoy, en que es rescatada a partir de un único ejemplar hallado en la Academia Argentina de Letras. Su reedición se enmarca dentro de un estudio de la literatura sentimental del periodo 1850-1880 y contribuye a la comprensión de esta literatura —en apariencia tan sólo pasatista e inocente— como material discursivo clave en la construcción de subjetividades, roles de género, conductas sexuales y formas de la intimidad en los años posteriores al rosismo y anteriores a la consolidación del Estado-Nación en 1880. El carácter moralizador, la intertextualidad de resonancia cristiana y su condición, a la vez, de primera mercancía literaria (Velázquez, 2017), convergen en la formación de este dispositivo cultural hibridizado y rico en implicancias sociales. Asimismo, la cuestión del matrimonio de libre elección *vs.* el matrimonio obligado aparece, tanto aquí como en otras novelas sentimentales de la época, dejando ver algunos de los tópicos que generaban controversias generacionales, raciales y de clase social.

#### **PALABRAS CLAVE**

Edición, archivo, novela sentimental, literatura argentina, 1850, Tomás Gutiérrez.

#### **ABSTRACT**

This editorial rescue presents and contextualizes, within Nineteenth-Century Argentine literature, the sentimental brief novel or “novelita”, entitled *Nunca es tarde cuando la dicha es buena*, originally published in *Las Violetas. Ensayos Literarios* in 1858,

by the unknown author Tomás Gutiérrez. This novel, mentioned by Hebe Molina and Myron Lichtblau in their studies of Argentine literary history of the 19th century, has remained unknown since the last decades of the 19th century, until now, when it is rescued from a single copy found in the Argentine Academy of Letters. Its re-edition is framed within a study of the sentimental literature of the 1850s and 1880s and contributes to the understanding of this literature, apparently only *passatist* and innocent, as a key discourse in the construction of subjectivities, roles of gender, sexual behaviors and forms of intimacy in the decades after Rosismo and before the consolidation of the Nation State in 1880. The moral character, the intertextuality with Christian resonance and its condition, at the same time, of first literary commodity (Velázquez, 2017) converge in the formation of this hybridized cultural device full of rich social implications. Also, the question of love marriage vs. forced marriage appears, both here and in other sentimental novels of the time, shows some of the topics that, around the sentimental sociability of the time, had created generational, racial and social class controversies.

#### KEYWORDS

Edition, archive, sentimental novel, Argentine literature, 1850, Tomás Gutiérrez.

RECEPCIÓN: 25/11/2019

ACEPTACIÓN: 17/01/2020

### Un corpus olvidado de la literatura argentina del siglo XIX

En su libro *Como crecen los hongos: La novela argentina entre 1838 y 1872*, Hebe Molina emprende la tarea de relevar, contextualizar y fichar 86 novelas y novelitas escritas en el siglo XIX, la mayoría de ellas hoy olvidadas.<sup>1</sup> Dentro de estas 86, hay unas

---

<sup>1</sup> Divide su corpus en cuatro categorías, según la preponderancia temática en cada texto: 1) Las novelas políticas o del ciclo de la tiranía de Rosas —*Amalia* (1855) de José Mármol y *Camila O’Gorman* (1856) de Felisberto Pélissot son los ejemplos clásicos—. 2) Las novelas históricas: aquellas referidas en su mayoría a las luchas independentistas, como *El capitán de patricios* (1874) de Juan María Gutiérrez, *La loca de la guardia* (editada recién en 1882, pero escrita, se presume, en la década del cincuenta) de Vicente Fidel López. 3) Las novelas socializadoras: es decir, que construyen tipologías sociales (el delincuente, el asesino, el donjuán, la adúltera, la coqueta) con el fin moralizador de “encarrilar” las conductas. Dentro de este grupo, las más conocidas por haber sido reeditadas en el siglo XXI son *La familia del comendador* (1854) de Juana Manso, *Gubia Maya. Historia de un salteador* (1862) de Juana Manuela Gorriti, por nombrar sólo dos. 4) Las novelas sentimentales: aquellas en las cuales la trama gira en torno a un dilema amoroso. Dentro de este grupo, las reeditadas y más conocidas son *Soledad* (1847) de Bartolomé Mitre, varias de

23 que son consideradas novelas sentimentales: no porque hablen de amor —es raro encontrar una novela decimonónica que no contenga la narración de un amor idealizado—, sino porque sus tramas “se centran en un conflicto eminentemente personal y, por tanto, en la mostración del proceso sensible que da origen al sentimiento” (Molina, 2011: 376). Este corpus sentimental incluye textos canónicos o, al menos, conocidos y accesibles actualmente (más que nada, las novelas de Cané, Gorriti y Mitre) y obras de autores “menores”, hoy desconocidas. Dentro de este segundo grupo se encuentra la que aquí reeditamos.

Bajo la modalidad de novela por entregas, publicada en la sección “Folletín” (es decir, en el tercio inferior de las páginas de cada diario) en las nacientes y efímeras revistas literarias —como *Las Violetas. Ensayos Literarios*, en donde se dio a conocer *Nunca es tarde cuando la dicha es buena*—, a veces con apariciones posteriores en formato libro, la literatura “del corazón” fue un tipo narrativo de gran circulación y consumo dentro del incipiente público lector porteño de mediados del siglo XIX.<sup>2</sup>

Echaré mano de la denominación “novelita” para hacer una primera división en este corpus sentimental: 14 de estas 23 son narraciones breves y fueron publicadas en revistas literarias o en diarios. Las restantes 9 tienen una extensión que tanto en aquella época como hoy consideramos propia del género novela (todas superan las 150 páginas). Estas nueve novelas se han publicado como libro (algunas tuvieron previamente ediciones en periódicos), algunas han entrado en la historiografía nacional y otras permanecen aún en los archivos, inaccesibles y desconocidas: 1. *Angélica o una víctima de sus amores* (1859) del rosarino Eusebio Gómez; 2. *Carlota o la hija del pescador* (1858) de Tomás Gutiérrez; 3. *Farsa y contra-farsa* (1858) del uruguayo Alejandro Magariños Cervantes;<sup>3</sup> 4. *Hojas de mirto* (1859) de Ernesto Loiseau; 5. *Un desenlace* (1859) de Carlos Paz; 6. *Un drama en la vida* (1857) de José Víctor Rocha; 7. *Virtud y amor hasta la tumba* (1858) de Laurindo Lapuente; 8. *María de Montiel* (1861) de M. Sasor;<sup>4</sup> 9. *Una noche de boda* (1858) de Miguel Cané (padre).<sup>5</sup> Veamos las novelitas: seis de estas catorce fueron escritas por la salteña Juana Manuela Gorriti, están recopiladas en su volumen

---

Juana Manuela Gorriti incluidas en *Sueños y realidades* (1865), algunas de Miguel Cané (padre), entre ellas, *Una noche de boda* (1854), reeditada recientemente (ver bibliografía).

<sup>2</sup> “El folletín, como se sabe, ocupa la parte inferior de la página del periódico, y en un comienzo había estado dedicado a temas como la moda o la crítica teatral. A partir de la década de 1840 (en la Argentina, la de 1850), sin embargo, el creciente éxito comercial de las novelas las convirtió en el contenido principal del folletín” (Goldgel, 2016: 75). De ahí que la palabra “folletín” se transformase en sinónimo de “novela” (Laera, 2003: 417).

<sup>3</sup> Consideramos esta novela dentro de la literatura argentina porque fue publicada en Buenos Aires, durante la larga residencia del escritor en esta ciudad.

<sup>4</sup> Reeditada por Beatriz Curia.

<sup>5</sup> Reeditada por Natalia Crespo.

*Sueños y realidades* (1865) y hoy forman parte —aunque ingresaron tardíamente, como casi toda la obra de esta famosa escritora— del canon literario argentino: *El ramillete de la velada* (1860), *Quien escucha su mal oye* (1865), *Si haces mal no esperes bien* (1861), *El lecho nupcial* (1865), *Tres noches de una historia* (1865), *Una hora de coquetería* (1865). Tres más pertenecen a Miguel Cané (padre): *Dos pensamientos* (1838), *Episodio de la peste. Cora o la partida de caza* (1859) y *Esther* (1852).<sup>6</sup> Otra es del célebre Bartolomé Mitre: *Memorias de un botón de rosa* (1862). Las restantes cuatro pertenecen a autores desconocidos y se hallan actualmente en proceso de rescate: *Dayla* (1858) de Francisco López Torres; *El capitán Pablo* (1863) de Daniel Flores Belfort; *Las rivales* (1856) de Carlos Augusto Fajardo, y la que aquí presentamos: *Nunca es tarde cuando la dicha es buena* (1858) de Tomás Gutiérrez, aparecida en la segunda entrega del folleto *Las Violetas. Ensayos Literarios*.

Se trata de un conjunto de novelas y “novelitas” —como las llamaban a veces los propios autores cuando eran textos breves— que narraban (y reglaban de modo pedagógico-moralizante, con una fuerte impronta católica) las diversas instancias en los vínculos amorosos (los cuales debían ser, por supuesto: heterosexuales, monógamos y patriarcales) y sus posibles obstáculos. Los más comunes eran: la coquetería femenina (o lo que se entendía como seducción deshonesta de la mujer hacia el varón, que dejaba a éste “preso en las redes de una beldad artificiosa”, como le ocurre a Carlos, el protagonista de esta novelita, con la “demoiselle” Carolina), su complemento masculino (la veleidad o volubilidad, es decir, la inconstancia del hombre), el enamoramiento verdadero (como el de María aquí y el de tantas otras heroínas representadas como “ángeles”), el noviazgo (casi siempre casto), los celos por la presencia de terceros, el matrimonio impuesto (generalmente exigido por los padres de una joven por interés económico ante un candidato anciano y rico) y a veces, también, el adulterio.<sup>7</sup> Se diría que, de todos estos temas, el del matrimonio es el más insistente: en particular, abundan las narraciones que denuncian los estragos psico-sociales de los matrimonios obligados.<sup>8</sup> En este sentido, *Nunca es tarde cuando la dicha es buena* podría adscribirse dentro del reducido grupo de novelas sentimentales que abogan en favor del

<sup>6</sup> Las tres han sido reeditadas por Beatriz Curia.

<sup>7</sup> Este último es más infrecuente: *Dayla* de Francisco López Torres (publicada en la primera entrega de la revista *Las Violetas*) es la única de las 23 que tematiza el adulterio de una mujer casada, quien se escapa con su amante y abandona a su marido y a su hijo. Por supuesto, la condena moral del narrador hacia esta conducta femenina es contundente: Dayla termina suicidándose por la culpa que la carcome.

<sup>8</sup> Dentro del corpus sentimental, las novelas que tratan (a veces, denuncian abiertamente) la violencia de los padres hacia los hijos que supone todo matrimonio arreglado y/o la infelicidad que acarrea en los jóvenes que se aman de verdad son: *Dos pensamientos* (1838), *Esther* (1852), *Una noche de boda* (1854), las tres de Miguel Cané (padre), *Hojas de mirto* (1859) de Ernesto Loiseau, *Soledad* (1847) de Bartolomé Mitre y *Un drama en la vida* (1858) de Laurindo Lapuente.

matrimonio “conveniente” (aunque no impuesto): dado que Carlos, como veremos, termina renunciando al “imperio halagüeño, tierno, sublime, de la primera simpatía del corazón” (es decir, a Carolina), para casarse, lleno de culpa, con la joven que su entorno social y sus lazos de amistad familiar le indicaban desde un principio: María.

## ¿Por qué rescatar esta novelita?

Hasta donde sabemos hoy, su autor, Tomás Gutiérrez (1839-1881, porteño, agrimensor, poeta y novelista), escribió sólo tres textos narrativos: además de la que aquí ofrecemos, la novela socializadora *La maldición o El compadrito* (1859), publicada también en *Las Violetas*, y la novelita sentimental *Carlota o la hija del pescador* (1858), aparecida en el diario *La Tribuna*,<sup>9</sup> también de tinte pedagógico moralizante y con fuerte impronta católica.

*Nunca es tarde cuando la dicha es buena* se compone de cuatro capítulos y de un “Epílogo” a lo largo de los cuales se narra una historia de amor que empieza y termina bien, pero que se complica en su centro debido a dos obstáculos, que son, como dijimos, recurrentes en la narrativa sentimental de la época: la presencia de una “coqueta”, tercera en discordia (Carolina) y la volubilidad del novio (Carlos), a quien la coqueta distrae, repentina y pasajeramente, de su verdadero amor (María). A raíz de la enfermedad de María (causada por el dolor ante el desamor de Carlos, anticipado ya desde su inicial desconfianza en ese vínculo sin conflictos), cuando la joven está a punto de morir, Carlos recapacita y regresa a sus brazos. María se recompone al instante:

María le oyó esta vez y haciendo un esfuerzo, se sentó rápida, como movida por un sorte, y abrió sus brazos al amado de su corazón. Todos quedaron estupefactos al ver su semblante, antes cadavérico; volver a los colores de la vida, y sus ojos apagados, tomar todo el brillo y la esplendidez con que saben animarlos las afecciones sublimes del corazón (Gutiérrez, 1858: 26).

El epílogo narra —como era de esperarse a partir del optimismo anticipado desde el título— el final feliz: María y Carlos se casan. Ahora sí, dice la joven, confía plenamente en el amor de Carlos. La Ley, en tanto normativizadora del amor y representante del Estado moderno y secular, recompone el orden que se había resquebrajado ante la presencia de la coqueta, símbolo del desenfreno y de la pasión femenina. El esquema narrativo que propone entonces la novela es el de pecado-muerte-redención, para terminar, como en el formato religioso, con el mensaje moral al lector: “Ya estáis, lector, satisfecho. Carolina era una coqueta y nada más, bajo el disfraz de la belleza

<sup>9</sup> Datos tomados de Molina (2011: 416, 471 y 516).

y el amor, moneda espiritual factible de falsificar como cualquier otra” (Gutiérrez, 1858: 30). A partir de este esquema, podemos pensar que, como señala Velázquez Castro, en esta “literatura del corazón”, “las estructuras narrativas morales religiosas funcionaron como un archivo de formas discursivas y relatos que eran empleados y transformados por las novelas tanto en la secuencia de acontecimientos, como en la ordenación discursiva con el final ejemplar” (Velázquez, 2017: 40). Las tramas discursivas oficiaban, asimismo, como legitimación de la violencia hacia la mujer; ciertos sustratos discursivos (lo católico, lo moralizante, la condena al deseo sexual femenino, la idea de deshonor masculina, la concepción de la autonomía de la mujer como “ambición” o “codicia”) naturalizaban la violencia de género: la “coqueta” es la forma que condensa la reprobación moral del deseo sexual femenino. A tono con dicho sustrato, el contacto de los cuerpos es aquí comedido y sinecdótico: sólo la coqueta besa en los labios prolongadamente, y el gesto resulta una clara muestra de su lascivia, denostada en el texto como sinónimo de caos y descontrol. Los amantes María y Carlos se toman del brazo o de la cintura, sólo una vez casados se besan en la boca y son sus manos las partes del cuerpo que simbolizan su unión.

El casamiento final implica el retorno al orden social civilizador y republicano que se auguraba como futuro de felicidad en el primer capítulo, antes de la aparición perturbadora de Carolina. Aunque triunfe el discurso normativizador, la disyunción entre la recíproca atracción sexual de Carlos y Carolina, por un lado, y la católica María, por el otro, queda sugerida: como en casi toda la novelística sentimental del periodo, aquí también la tentación del amor que no conduce al matrimonio es aquello con lo que deben luchar los jóvenes protagonistas, paternados y censurados bajo la mirada moralizante del narrador.

La ficción transcurre en Buenos Aires, en “185...”. Sabemos que el año imaginado es posterior a la caída de Juan Manuel de Rosas (es decir, luego de la Batalla de Caseros de 1852) por las referencias al “tirano” ya vencido que hace Carolina al conocer a Carlos; menciona el lugar por el que pasean a caballo, “los bosques de Palermo”, como la “antigua morada del tirano” (Gutiérrez, 1858: 10), y agrega: “qué lástima que el recuerdo de Rosas manche estos prados de verdor [...] los crímenes que han visto estos sitios” (Gutiérrez, 1858: 11). El comentario es interesante por el valor de la referencia histórica y porque ofrece una pequeña variación respecto del modelo típico de seducción en estas novelitas: la coqueta seduce a Carlos con sus palabras, y no sólo por su belleza física.

Además de advertir sobre los peligros que acechan a la pareja modélica (como dijimos, la volubilidad del deseo masculino, la presencia de la “coqueta”, que deja al joven “preso en las redes de una beldad artificiosa” [Gutiérrez, 1858: 11]) y de referirse a los “crímenes” de Palermo (al rosismo), la novela despliega otros tópicos, también recurrentes en este corpus sentimental: la ambivalencia ante las escenas de

seducción (reprobadas moralmente en el texto, pero, a la vez, narradas para despertar fascinación); la estetización del dolor y de la melancolía de la joven abandonada por su amante, tan característica del romanticismo; la presencia naturalizada de los criados en las casas de los protagonistas;<sup>10</sup> las referencias metatextuales del narrador heterodiegético. Sin embargo, como toda repetición conlleva siempre un elemento renovador, estas recurrencias aparecen con tintes de originalidad.

El capítulo II narra la seducción entre Carlos y Carolina desde Palermo hasta la puerta de la casa de la “coqueta”: la ambivalencia textual se genera en el hecho de que, a pesar de ser un vínculo condenado por la moral que propone el texto (más cercana al sentir de María), la conversación entre ambos jóvenes es el pasaje más interesante de la novela. La escena transcurre mayormente mientras los dos cabalgan, cada uno en su caballo, y deben ingeniar modos de alejarse del resto del grupo.<sup>11</sup> El encuentro rebosa sensualidad y constituye, narrativamente, el centro del relato.

El dolor de María, aunque de tintes martirizantes con resabios católicos, no es el de cualquier heroína sentimental. En su lecho íntimo, se describe a la joven melancólica llorando el abandono de su amado. Sin embargo, algo es novedoso en su actitud, pues, además de lamentarse por la ausencia de Carlos Oviedo, se dice que María también está “feliz”: está abocada a la escritura de un libro de memorias. Veamos la escena:

La agitación del sufrimiento engendra muchas veces ideas que han pasado desapercibidas a los ojos de la felicidad.

María escribe en un libro de memorias sus pensamientos del día desde que su alma se pliega por la mano del dolor. ¡Feliz, nunca lo había hecho! María tomó la pluma y escribió (Gutiérrez, 1858: 16).

Hay aquí un esbozo de subjetividad femenina novedoso, que trasciende el rígido modelo de la época: la joven siente felicidad al escribir. También tiene cierta novedad la reflexión metaliteraria del narrador al presentarnos, unas líneas antes, la alcoba donde María se dedicará a su libro de memorias: “Penetremos a esa habitación con

<sup>10</sup> Con una, también frecuente, especificación racial: a diferencia de sus amos blancos, los criados son “pardos”. En muchas de estas novelas aparecen criados mulatos, negros o pardos (nunca blancos, no al menos hasta la década de los ochenta, cuando la servidumbre representada será mayormente gallega o italiana).

<sup>11</sup> El cabalgar, con su connotación erótica, se opone a las caminatas parsimoniosas que Carlos tiene con María, siempre dentro de la quinta familiar de la joven. La configuración de los espacios es alegórica también de la moralidad de cada personaje femenino: si María nunca sale de su casa quinta (o camina por los alrededores o escribe desde su cuarto), Carolina tiene un circuito de socialización exogámico y externo a su casa: cabalga por Palermo, con amigos, fuera de la vigilante mirada materna.

ese pasaporte eterno de los que pretendemos o somos realmente novelistas” (Gutiérrez, 1858: 16), apunta Gutiérrez, posicionándose en una zona ambivalente respecto de su propia escritura: ¿es o pretende ser novelista? Tiene, definitivamente, el pasaporte para ingresar a la alcoba:

El retrete de María es la deliciosa morada de un alma poética por esencia; los adornos o muebles que la ocupan son de una noble sencillez, al mismo tiempo que de una originalidad apropiada a sus gustos. Sentada en un pequeño confidente terciopelo de carmesí apoya la cabeza en la mano derecha, cuya actitud deja ver sus contornos arrobadores y un brazo que incita con la pureza de un niño y con el ardor de un corazón apasionado a estampar un ósculo en su blancura; sus ojos medio apagados brillan, sin embargo, a través de sus pestañas crespas, con la luz celestial que les da vida (Gutiérrez, 1858: 16).

El retrete funciona, románticamente, como alegoría del alma de la joven, construida a partir de opuestos (lo que brilla y lo opaco, lo sensual y lo puro, lo carnal y lo celestial). Vemos, a través de esta descripción, una concepción neoclásica y romántica de la novela. A diferencia de aquella otra forma de literatura contemporánea de las novelitas del corazón, los artículos de costumbres y las novelas proto-regionalistas, en este texto están elididos casi completamente los elementos de la vida cotidiana: es decir, no está representada la materialidad de la sociedad. Aparece de manera elíptica e idealizada: se habla, por ejemplo, de “los nevados encajes de su blanco traje” para hacer alusión al vestido de María, o de la “mesita de mármol sobre cuya superficie de espuma estaba un libro abierto”. Como se advierte, en estos modos de representación no importa el valor referencial de lo descrito, sino su poder de connotar contrastes (lo duro y lo blando) y texturas que alegorizan el alma, lo espiritual, el mundo de las ideas y los sentimientos. Mientras que en algunos textos contemporáneos se narra en detalle la vida cotidiana,<sup>12</sup> aquí la focalización se encuentra en los procesos mentales subjetivos: en el espíritu, y no en la materia, con el fin de generar una simpatía emocional que produzca una educación sentimental. En este sentido, es una narrativa tendiente a propiciar en los lectores reflexiones y conductas morales en los vínculos sentimentales íntimos, y no, a diferencia de la literatura costumbrista, a corregir prácticas y hábitos sociales colectivos.<sup>13</sup>

---

<sup>12</sup> Pienso, por ejemplo, en las minuciosas descripciones de: qué comen los personajes, cómo pasean, cómo conversan y cazan, que aparecen en *Episodio de la peste* de Cané, otra novelita sentimental recientemente rescatada, de 1859.

<sup>13</sup> Podemos pensar que responde, de alguna manera, a la concepción de la novela que proponía Vicente Fidel López en su manual de retórica *Curso de Bellas Letras* (1845). Así como a la Historia le correspondía dar cuenta de la vida pública de todo hombre, a la novela le tocaba lo íntimo: “Su objetivo primordial es pintar la vida doméstica i ennoblecer los afectos, que resultan de estas relaciones morales en que se apoya la familia. De aquí, nace la necesidad de que la novela sea moral es decir, que renueve en nosotros las afecciones, que les dé impulso, que les dé energía, y sirva para provocar fuertes simpatías en favor de todo lo que sea análogo al orden,

Estamos, pues, ante una “novelita” dirigida a un público amplio (dentro de la pequeña escala de la época), en proceso de alfabetización, para el cual publicaciones como *Las Violetas* resultaban accesibles en lo económico y en lo intelectual, eran un modo de entretenimiento y, a la vez, un mecanismo de disciplinamiento de lo íntimo.

## Criterios de esta edición

He tomado como base la que —hasta donde sé— ha sido la primera y única edición del texto, hoy casi inaccesible para especialistas y —mucho más— para el público en general, a partir de un ejemplar hallado en la Academia Argentina de Letras: Tomás Gutiérrez, “Nunca es tarde cuando la dicha es buena”, en *Las Violetas. Ensayos Literarios*. Entregas 2.<sup>a</sup> Buenos Aires: Imprenta Americana, 1858, pp. 1-30.

El criterio de edición utilizado busca acercar el texto a los lectores contemporáneos interviniendo lo mínimo indispensable. Los cambios realizados son menores, no involucran, en ningún caso, el sentido original del texto. A saber:

1. Se actualizó la ortografía: “esclamaba” se reemplazó por “exclamaba”, “dirijiéndose” por “dirigiéndose”, “personage” por “personaje”, “Vd.” por “usted”.
2. Se actualizó la acentuación: se reemplazó “Cárlos” por “Carlos”, “rocio” por “rocío”, “ó” por “o”.
3. En el caso del uso de puntos suspensivos, los reduje a tres (‘...’).
4. Se convirtieron en locuciones palabras compuestas como ‘apesar’ (‘a pesar’); y, de modo inverso, separé cuando fue necesario: ‘por que’ (‘porque’).
5. Se respetó la cursiva existente (*demoiselle*, en el capítulo II).
6. Puntuación: se eliminaron las comas (‘,’) que separan el sujeto del predicado.
7. Ante cierres de signos de exclamación (!) y de interrogación (?) que no se abren previamente, incluyo sus respectivas aperturas: (‘!’) y (‘?’).
8. Se han agregado guiones de diálogo al final de las intervenciones de los personajes. Por ejemplo, en la frase: “—Parece, Carlos, replicó la joven...” se ha reemplazado por: “—Parece, Carlos —replicó la joven...”.

---

a la armonía y a la libertad doméstica, y que puede servir para purificar la conducta que cada individuo deba guardar al practicar los deberes que le corresponden” (López, 1845:296).



# Nunca es tarde cuando la dicha es buena<sup>1</sup>

Tomás Gutiérrez

## Capítulo I: El paseo

En una de las lindas mañanas del mes de enero de 18..., paseaban por entre las perfumadas arboledas que forman el delicioso bosque de una quinta de los alrededores de Buenos Aires, dos jóvenes amantes, seductora y recíprocamente enlazados por la cintura, fina y graciosa la de ella; esbelta y varonil la de él.

—Carlos mío, ¡cuánto te amo, mi adorado bien! —exclamaba en ese momento con una sonrisa de ángel el hada encantadora de aquellas soledades, dirigiéndose al dueño de sus pensamientos.

—¡Oh!, ¡cómo me engañas, picarona! —contestó el joven, estampando un dulce beso sobre la frente de su amada.

Un momento de silencio, de ese silencio que, cuando media entre dos almas que se aman verdaderamente, dice mil veces más que lo que pudieran expresar los labios, permitió suficientemente a María el traer a su imaginación mil ideas que, vaciadas en una, expresó de este modo, con aire algo meditabundo, a pesar de que su felicidad en esos momentos hubiera sido envidiada por una de esas almas melancólicas, rasgadas por la inquietud de una ambición de amor jamás cumplida.

—Carlos, ¿sabes que pienso en ti y quiero llorar?

—¿Por qué, mi María? —preguntó el joven solícito y frunciendo el ceño tristemente.

—Porque... Carlos, ¡temo perderte!

El joven no contestó, pero volviendo a su semblante la alegría natural que había robado una impresión vaga y deshecha ya, tomó las manos de su amante y las bañó de besos.

—¡Eres muy loca, María!... muy loca, y perdóname si río de tus ideas —dijo, levantando la cabeza y mirando con dulce reproche a la joven

—Parece, Carlos —replicó la joven a las palabras de su amigo—, ¡que tú no me amaras!

El joven iba a reír, sin duda, cuando María le detuvo con estas palabras:

—No, bien mío, no te rías, piensa como yo pienso. El amor en cuyo fuego no llega a caer jamás el rocío glacial de la duda, de los celos, de la tristeza dimanada de él mismo, no es amor, Carlos, o al menos, no es la fuente purísima cristalizada por las mismas ondas que riza la brisa de los días; de mármol que guarda las formas que le dio el cincel sin ofrecerlas a nuevas perfecciones.

---

<sup>1</sup> *Las Violetas. Ensayos Literarios*. Buenos Aires: Imprenta Americana, entrega 2.<sup>a</sup> (1858), 1-30.

Carlos se formalizó un tanto y, soltando las manos de María, cruzó los brazos y paróse ante ella.

—O eres muy niña, María, o la felicidad presente, la felicidad que te da mi amor envuelto en su manto de purísimo fuego no satisface tu corazón. Suponte que nuestra vida del presente es un jardín, que el sol dora sus flores, que las auras las vivifican, que el rocío las matiza con sus perlas, ¿quieres, pues, acaso, o es más agradable a tu corazón que ese sol se oscurezca, que esas auras se tornen en borrascas, que ese rocío se transforme en hielo?...

—¡No! —contestó María; dando a entender a Carlos con su actitud que le invitaba a continuar.

Carlos lo hizo de este modo:

—¿Qué es, pues, María, lo que tú quieres de mí?, ¿quieres que, con negras ideas que turban y no aumentan nuestra ventura, ciegue una flor cuyos perfumes ya se exhalan para esperar a que otra flor tardía nazca de ese tallo sin botón?

María volvió a contestar, aunque impaciente, con otro ¡no! tan firme como el primero.

—Si no es eso lo que quieres, ángel mío, ¿qué es, pues? —preguntó Carlos tomando las manos de la joven entre las suyas.

—¡Esto! —contestó María, trayendo a su amante hacia un banco de madera apoyado en el tronco de un inmenso sauce, que le prestaba sombra.

—Quiero, Carlos, bien mío, ángel mío, que me ames como te ama este corazón que, joven, puro, sin mancha, desplegaste a los céfiros de todas las dulzuras imaginables. Quiero que cuando te remontes en las alas doradas de los amores, no sea nuestra envidiable dicha una venda que ciña tus ojos, sin dejarte ver la nube que pueda eclipsar nuestras estrellas.

El amor no es filósofo, es cierto, pero las almas que alguna vez se estremecieron al contacto con la desgracia, aman con la desconfianza y ese amor es dos veces el amor, porque une sus lazos diamantinos y se cuida al mismo tiempo de los golpes de esa cuchilla fatal a la que llamamos destino o fortuna.

Carlos iba a regalar un beso a su María, lleno de nuevo contento, de nuevo ardor, de nueva felicidad, por fin, cuando los pasos de un personaje que se acercaba a ellos le hizo levantar de su asiento dando el brazo a su amada y continuando su paseo indiferentemente.

## Capítulo II: Un corazón débil

Pocas semanas después del paseo de Carlos y María por el hermosísimo bosquecillo que se dilata frente a las habitaciones de ésta, en la misma quinta, el joven amador, en

compañía de una veintena de amigos y señoritas, se dirigía a caballo hacia el buque encallado en los bosques de Palermo, antigua morada del tirano.

Al lado de una linda y coqueta *demoiselle* de veinte a veintidós años, su corazón rebosaba de contento y sus ojos lo confesaban en el brillo extraño que irradiaban.

—¡Qué bellos lugares!, ¿no, Oviedo? —dijo la compañera de Carlos, con coquetería dando con su látigo al soberbio alazán que la llevaba.

—¡Oh!, ¡lindísimos, Carolina!, ¡lindísimos!

—¡Qué lástima que el recuerdo de Rosas manche estos prados de verdor, estos árboles de dulcísima sombra; esta brisa de suavísimo perfume!

—En verdad, Carolina, pero muchas veces ese recuerdo al parecer indeleble es oscurecido por otros recuerdos de felicidad... usted ha paseado mucho por aquí el verano pasado... usted recordará que la vi —dijo sonriendo con amoroso acento el almibarado doncel, que en esos momentos estaba muy lejos de María, completamente preso en las redes de una beldad artificiosa.

—Sí, Oviedo, el verano pasado he estado en estos lugares muchas veces, lo recuerdo y creo haber visto a usted pero nada absolutamente he gozado, y si la memoria de esos paseos es la que usted cree pueda hacerme olvidar los crímenes que han visto estos sitios... usted se equivoca.

—Pero...

—No hay pero que valga, querido Oviedo, una se divierte cuando le tocan compañeros como, por ejemplo, usted —dijo con dulce y amable coquetería la compañera de Carlos, vestida de amazona, con un sombrero negro con plumas del mismo color.

—Gracias, Carolina, pero dispenseme usted el atrevimiento de dudar de su placer al presente; como no del pasado...

—¿Por qué, Oviedo?

—Porque se necesitan ciertos privilegios de los cielos para merecer el ser agradable a un ángel como usted —contestó Oviedo castigando a su caballo, para acercarse al buque que distaba nada más que quince varas.

Carolina quiso contestar, y no alcanzó sino a sonreír dulcemente mostrando las perlas de su boca; porque un ¡alto! dado por uno de los jóvenes de la risueña caravana les hizo parar y volver la cabeza.

—¿Nos bajaremos? —preguntaron algunos.

—No, volvámonos —contestaron otros, y al parecer hicieron mayoría estos últimos, puesto que la comitiva hizo una conversión, volviendo a tomar, tan alegres y amorosos como antes la senda que, llena de aromas y sombra, los había traído.

Eran las cinco de la tarde y Febo, en su coche de zafiro y topacio, descendía majestuoso al Occidente para prestar su lumbre a otros mundos desconocidos.

Carlos y su compañera quedaron atrás por ser antes los primeros, y anudaron su conversación aprovechándose de la larga distancia a que habían quedado de los otros camaradas.

—¿Cómo me decía usted últimamente, Oviedo? —preguntó Carolina, el aire, la sonrisa y la belleza de la Medora de Byron;<sup>2</sup> pues tenía, como aquella, ojos purísimos de color cielo y empezaba a amar con el ardor de la querida de Conrado; el valeroso corsario.

—Decía, bella Carolina, que soy un hombre incapaz de inspirar contento y menos en un ángel como usted —agregó Carlos, embriagado en el fuego que fulguraban aquellos ojos que ya lo dominaban con el imperio halagüeño, tierno, sublime, de la primera simpatía del corazón.

La joven se ruborizó, pero contestó con acento de miel:

—Es usted muy capaz de inspirar todo eso, Oviedo, no a los ángeles como yo sino a las diosas como María.

Carlos palideció, estremeciéndose ligeramente al nombre de la que había olvidado.

—¿De qué María habla usted, Carolina?

—De la que tiene su alma, Oviedo.

—No crea usted, linda Carolina, nunca la he dado.

—¡No diga usted eso, Oviedo, cuando yo lo sé!

—Imposible, Carolina, la prueba que puedo dar a usted de su engaño es que hasta el momento en que la vi la poseía, ¡y ahora usted me la ha robado! —dijo Carlos con voz rendida de amor y semblante agitado por la duda de su éxito en aquella confesión.

—¡Yo también le amo, Oviedo! —contestó Carolina, encantadora como un querubín, dando un latigazo a su caballo para que tomase el galope y reuniéndose con los demás, como sin valor para estar al lado de Carlos, después de una confesión tan súbita.

El joven lo comprendió, pero lleno de dicha, corrió a reunirse a ella.

Una hora después, Carlos se despedía de Carolina en la puerta de la casa de ésta, quedando en volver pronto a verla.

—No se olvide usted —dijo Carolina al despedirse en sentido equívoco y estrechando con su manecita la mano ardiente de su nuevo Adonis.

### Capítulo III: El libro de las memorias y la celosía

Es una plácida y hermosísima noche del mes de febrero. La luna con su disco limpiísimo irradia de sus ojos invisibles lumbre de oro y de topacio, que cae en hebras sobre las aguas, murmuradoras aunque tranquilas del Río de la Plata. Es una de esas noches, en fin, que los poetas toman por recinto para los amores de los dioses, en que

---

<sup>2</sup> Referencia a Elizabeth Medora Leigh (Inglaterra, 1814-Francia, 1849), hija de Lord Byron y famosa por su belleza.

las sirenas, levantando silenciosas sus cabezas de entre las aguas cristalinas, muestran su rostro divino, hermosado por la lumbre, tornasolado por las aguas.

A esas horas en que siempre los romanceros españoles han hecho brotar de la oscuridad sombras y sombras transformadas luego en novelescos amantes, ya en la espesura de un bosquecillo, ya en las riberas de un arroyuelo, ya al pie de un balcón o de una celosía, la quinta donde vive María está tranquila, sin un solo ruido que dé a conocer que alguien vela. Sin embargo, al través de las enredaderas de odoríferas madresevas que cubren la ventana de la alcoba de María, el rayo tenue de una luz que vacila pasa a iluminar las hojas de algunos de los árboles que cercan aquella mansión de inocencia, de belleza y de amor. Penetremos en esa habitación con ese pasaporte eterno de los que pretendemos o somos realmente novelistas. El retrete de María es la deliciosa morada de un alma poética por esencia; los adornos o muebles que la ocupan son de una noble sencillez, al mismo tiempo que de una originalidad apropiada a sus gustos. Sentada en un pequeño confidente de terciopelo carmesí, apoya la cabeza en la mano derecha, cuya actitud deja ver sus contornos arrobadores y un brazo que incita con la pureza de un niño y con el ardor de un corazón apasionado, a estampar un ósculo en su blancura; sus ojos medio apagados brillan, sin embargo, a través de sus pestañas crespas, con la luz celestial que les da vida. Dos lágrimas silenciosas, de esas que sin duda pretendía cristalizar Echeverría<sup>3</sup> en sus dulcísimos versos, para guardarlas en el corazón, resbalaban como perlas ligeras por sus mejillas más pálidas que de costumbre, perdiéndose en los nevados encajes de su blanco traje.

Un hondo suspiro se exhaló perfumado de su seno de virgen, y como si hubiera sido un esfuerzo de la voluntad, se levantó silenciosa y bella, sentándose delante de una mesita de mármol sobre cuya superficie de espuma estaba un libro abierto.

La agitación del sufrimiento engendra muchas veces ideas que han pasado desapercibidas a los ojos de la felicidad.

María escribe en un libro de memorias sus pensamientos del día desde que su alma se pliega por la mano del dolor.

¡Feliz, nunca lo había hecho!

María tomó la pluma y escribió:

“Hace un mes que no vivo, los padecimientos del corazón son la fuente que desborda para arrebatar en su curso las violetas purísimas de un amor más puro aún. Hoy he pensado en él, hoy no lo he visto y he llorado; ¿puedo ser feliz?”

---

<sup>3</sup> Referencia al escritor argentino José Esteban Echeverría Espinosa (Buenos Aires, 1805-Montevideo, 1855), perteneciente a la Generación del 37 e introductor del romanticismo en la Argentina, autor del ensayo *Dogma socialista*, del extenso poema *La cautiva* y de “El matadero”, entre otros textos célebres.

Carlos no me ama ya, sus ojos ya no buscan los míos para enlazar la mirada del amor con el broche del deseo. Sus labios ya no dan a mi espíritu la melodía mil veces gratisíma que exhala un pecho lleno de amor. Su mano sin fuego para mí, caída, desdeñosa, encuentra a su pesar la mía para estremecerla a su contacto”.

¡Pobre María! Tu felicidad ha pasado como uno de esos meteoros que cruzan los espacios de Dios: ayer pensabas en la muerte y aún te inflamaba un último destello de esperanza. ¿Qué te resta hoy, cuando ya está seca como las hojas caídas que han sufrido veinte soles, esa flor de ideales perfumes?

“Dos lágrimas más”, acabó de trazar la pluma de María; mojando la hoja con el rocío diáfano y doloroso de sus ojos.

El libro se cerró.

María pareció reunir todas sus facultades para el juicio de una sola idea.

A esas mismas horas, al pie de la ventana de Carolina, Carlos, embozado hasta las orejas, procura librarse de las miradas indagadoras de uno que otro paseante.

La persiana caída, entreabierta por la mano de la joven, tiene el espacio suficiente para las endechas de amor que se cantan mutuamente sus corazones.

—Mi bien, es preciso que te retires; pasan algunos y pueden ser amigos de mamá.

—Me iría, mi ángel de amor, si una mano invencible no me detuviese donde estoy. ¿Por qué me miras? Tus ojos me atan la voluntad y un ser sin voluntad no es libre en sus movimientos —dijo en tono el enamorado doncel, buscando la mano de su Carolina.

—No, Carlos, fuera de bromas, es preciso que te vayas, ¿no me has visto?... ¿no me has hablado?... ¿No te he jurado como siempre mi amor?

—Sí, Carolina, pero no me has hecho el principal juramento.

—¿Cuál?

—Éste —dijo Carlos, atrayendo hacia sí a la joven y dando su boca la significación de un pedido.

—Toma —contestó Carolina, y un embriagante beso unió los labios, mientras para cada alma fue un relámpago indecible de ventura y satisfacción.

Una hora más tarde, Carlos entraba en su habitación deteniéndose pálido y casi sin fuerza ante un sahumado billete que parecía haber sido puesto a propósito sobre la almohada de su lecho.

Había conocido la letra del sobre.

## Capítulo IV: La muerte y la vida

Carlos, nuestro héroe, había variado completamente en menos de un mes. Carolina absorbía todas sus facultades, y la pobre y bella María acababa poco a poco en su

memoria, a pesar de verla la mayor parte de los días. Muchas veces quiso de nuevo engañar a su antigua amante, con quien tan deleitosos momentos de ventura y amor había pasado; pero el cariño de Carolina en todo su auge no permitía a su corazón estas concesiones. Seguía viendo a María, porque íntimas y antiguas relaciones de familia lo ligaban con su madre y no permitían una falta de cortesía, donde había antes faltas de amor. María, por su parte, había procurado saber la causa de aquel cambio, y pronto adivinó en Carlos otro nuevo afecto. Mudadas sus penas, no quería ni aun molestar con sus quejas a aquel a quien tanto amaba. Vanos fueron los ruegos de su madre para que le dijera el origen de aquella tristeza. Siempre encontró María una salida para librarse de aquella curiosidad tan tierna como justa.

En un mes la bella joven era otra: pálida, delgada; sin una sonrisa en los labios si no era para su madre, y los ojos apagados casi por la tela invisible y simpática de la melancolía.

Volvamos a Carlos, a quien dejamos la noche de su entrevista con Carolina, que estaba tan enamorada como él, quizás sin saber que otro corazón sufría, desgarrado, tantos sinsabores como ella momentos de dulcísima fruición. Sorprendido Carlos al ver aquel misterioso billete, sacóse primero los guantes y sombrero, como temeroso de tomarlo y dándose tiempo a respirar. Tomó por fin el billete, recostóse en el sofá y lo abrió. Diez minutos pasaron y Carlos había leído aquella carta, tres o cuatro veces con ojos de dolor y de sorpresa.

—¡Dios mío! —exclamó al cabo de aquellos, dejando caer la mano del billete sobre una de sus piernas y oprimiéndose las sienes y los ojos con la otra.

He aquí la carta:

“Carlos:

Permíteme, flor que fuiste de mi corazón, el empezar estas palabras con aquella estrofa que tantas veces admiramos por su sentimiento...

Voy a morir: perdona si mi acento  
llega importuno a perturbar tu oído  
él es ..... el postrer lamento  
de la mujer que tanto te ha querido.

Pon tu nombre en el blanco que he dejado, no atreviéndome a hacerlo, ¡voy a morir!, ¡no es mentira! Si el recuerdo de nuestros amores tiene aún en tu alma algún perfume, no dejes, te lo pide María... tu amiga de la infancia... ¡De darme una lágrima siquiera! Ama a la que me ha robado tu corazón como yo la perdono... voy a morir y te adoro tanto, Carlos, que aun con el corazón suelto en pedazos, cada fibra de mi pecho brota raudales de purísimo afecto para la que tú quieres...

Adiós para siempre, amado de mi alma... ¡¡adiós!!... una lágrima para la pobre: María”.

Un momento después, mil lágrimas amargas, en vez de una, caían como plomo hirviendo de los ojos de Carlos.

Son las ocho de la noche de un día más tarde a aquel en que pasó lo que acabamos de narrar. Tranquilidad sepulcral reina en la quinta de María.

Acerquémonos. Apenas una amortiguada luz hay en la habitación, en la pieza contigua están varios criados pardos y algunas personas de la relación. Todos tristes, todos llorosos, procuran ahogar en su pecho, con mudez dolorosa, los gemidos que al exhalarse comprimidos se tornan en sollozos.

¿Qué hay?, ¿qué es de María? Veamos.

Pálida como el mármol, pero más bella todavía que otras veces, con la expresión marcada del sufrimiento y la dulce alma de los ángeles, está en su lecho, sin movimiento, dando de vez en cuando una serial de vida en el suspiro de su seno.

Su madre está en la cabecera de la cama y llora como Magdalena en el Gólgota.<sup>4</sup>

Un sacerdote, al otro lado, eleva una plegaria por el alma de la que va a morir.

Un ligero estremecimiento corría de vez en cuando por el débil y hermoso cuerpo de la desgraciada amante. Silencio, lágrimas, amargura, desesperación, era todo lo que allí se veía. Las flores tan tristes como la que les daba belleza, fragancia y lozanía, inclinados sus tallos, apenas entreabrían sus corolas. Los árboles, agitados por la brisa pesada y tibia, daban un susurro tristísimo.

De pronto, un doble funerario de la campana de la iglesia vecina vino a estremecer a todos, matizando el cuadro con las sombras del pavor.

¡María agonizaba!...

—¡Perdón!... ¡Perdón!... ¡Perdón! —exclamaba una hora después el débil Carlos, cayendo a los pies de la cama de María.

Todos se levantaron de sus asientos. Las facciones, los cabellos, el traje en desorden, hacían creer a Carlos un loco rematado.

La desesperación se pintaba en su rostro varonil.

—¡María, alma de mi alma!... ¡María, te amo!... Carlos te ama... ¡respóndele!... ¡devuélvele la vida que le vas a quitar si no le perdonas... si una palabra de tus labios no vivifica su alma destrozada y arrepentida! —exclamó Carlos derramando un torrente de lágrimas al ver que la joven, inánime, no le respondía, con las manos estiradas en actitud de súplica y arrodillado siempre.

María oyó esta vez y haciendo un esfuerzo, se sentó rápida, como movida por un resorte, y abrió sus brazos al amado de su corazón.

---

<sup>4</sup> Se conoce con el nombre de “Gólgota” al también llamado templo del “Santo Sepulcro”: el lugar donde se cree —según los Evangelios— que se produjo la crucifixión, sepultura y resurrección de Cristo.

Todos quedaron estupefactos al ver su semblante, antes cadavérico, volver a los colores de la vida; y sus ojos, casi apagados, tomar todo el brillo y la esplendidez con que saben animarlos las afecciones sublimes del corazón.

Carlos se echó en sus brazos colmado de felicidad y un segundo después caía al suelo el peso de su cuerpo sin fuerzas, sin sentidos.

El médico entró por tentar la fortuna hasta el último instante y retrocedió lleno de sorpresa al pararse en la puerta que daba a la alcoba de la enferma, exclamando al recobrar su serenidad:

—¡Está salva!

—¡Está salva!, ¡Gracias, Dios de los Cielos! —exclamaron todos al mismo tiempo, cayendo de rodillas con la felicidad más intensa en el corazón.

## Epílogo

Un mes después de lo ya referido, en una pequeña y lindísima glorieta de la quinta que ya conocemos, Carlos y María, en brazos uno de otro, apuran la copa de las delicias con miradas, con besos, con promesas.

—¡Qué felices somos!, ¿no, mi Carlos?

—¡Oh, María!, ¡no vendería mi ventura por mil vidas!

—¡Oh! ya no dudo de ti... ahora no es como antes... ahora eres mío, ahora eres mi esposo.

—¡Tu esclavo, mi vida! —exclamó arrebatado Carlos, dejando un beso en los labios de clavel de su amada y estrechándola contra su seno.

Un momento de placer interrumpió el diálogo.

Al cabo de unos diez minutos, dijo María:

—¿Recuerdas, Carlos, aquel paseo en que tanto hablamos de nuestro amor y de mis dudas?

—¡Oh!, no me recuerdes tal; ¡no enlutes mi alma, ni turbes las ondas suaves cristalinas de esa fuente sagrada que se llama felicidad!

—Sí, es mejor, porque yo también ya me iba entristeciendo al recordar tan negros días; pero nunca es tarde cuando la dicha es buena, mi Carlos, y si hemos sufrido, hoy poseen nuestros corazones una doble felicidad —dijo María, buscando los labios de su esposo Carlos...

Nuestros lectores nos preguntarán por Carolina; veámosla y ella los satisfará.

Son las doce o la una de la noche.

Todo está oscuro y silencioso.

Una sombra está incrustada en la reja de la casa de la amante de Carlos.

Ésta, como aquella noche que la vimos allí mismo, suspende la persiana y conversa con un joven de rostro hermoso, ojos negros y rizada cabellera.

—¿Me amas, mi Carola?

—¿A qué repeticiones, Federico?

—¡Ah! ¡Dudo tanto de mi estrella!

—Pues no debes dudar, toma este beso como un juramento de mi alma —dijo Carolina, dando un ósculo al joven que pareció quedar satisfecho.

—Pero...

—¿Pero qué?, ¿qué quieres todavía, mi adorado bien?

—¿Y Carlos?

Una carcajada sofocada con las manos y el pañuelo fue la contestación, con estas palabras:

—El pobre se escapó, si no yo me hubiera avanzado... no me insultes... ¡ni me acuerdo que existe!

—¡Oh!, ¡venga otro beso, mi alma!

Carolina no se hizo rogar y mantuvo sus labios por largo rato unidos a los de su nuevo Don Juan. Ya estáis, lector, satisfecho. Carolina era una coqueta y nada más, bajo el disfraz de la belleza y el amor, moneda espiritual factible de falsificar como cualquier otra.

## Bibliografía

CANÉ, Miguel (padre)

*Episodio de la peste. A la Señorita Da. Corina Madero. Cora o la partida de caza*, en *Museo Literario*. Buenos Aires: Imprenta de Mayo, 1859.

CRESPO, Natalia

“Introducción”, en *Una noche de boda (1854). Novela original de Miguel Cané*. Edición Crítica. Buenos Aires: Teseo, 2018, 9-52.

CURIA, Beatriz

*El primer novelista argentino. Miguel Cané (padre). 1812-1863*. Buenos Aires: Teseo, 2012.

*Diccionario de la lengua española*

Madrid: Real Academia Española, 1992, 2 volúmenes y CD.

GOLDGEL, Víctor

*Cuando lo nuevo conquistó América. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2013.

GUTIÉRREZ, Tomás

*Nunca es tarde cuando la dicha es buena*, en *Las Violetas: Ensayos Literarios*. Buenos Aires: Imprenta Americana, 2.<sup>a</sup> entrega (1858), 1-30.

*Carlota o la hija del pescador*, en *La Tribuna*, sección *Folleto* (19-20, 21, 23, 24, 25, 26-27 y 28 de abril de 1858).

LAERA, Alejandra

“Géneros, tradiciones e ideologías literarias en la Organización Nacional”, en Julio Schvartzman (director del volumen) y Noé Jitrik (director de la obra). *Historia crítica de la literatura argentina. Vol. 2: La lucha de los lenguajes*. Buenos Aires: Emecé, 2003, 407-437.

LÓPEZ, Vicente Fidel

*Curso de Bellas Letras*. Santiago de Chile: Imprenta del Siglo, 1845.

MOLINA, Hebe

*Como crecen los hongos: La novela argentina entre 1838 y 1872*. Buenos Aires: Teseo, 2011.

VELÁZQUEZ CASTRO, Marcel Martín

“Biotecnologías novelísticas en la región andina (1840-1905). Lectura y cuerpo”. Tesis de doctorado. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, 2017. Consultado en: <http://repositorio.uasb.edu.ec/bitstream/10644/6064/1/TD098-DLLA-VelazquezBiotecnologias.pdf> [13/09/2019].

